

WATERLOO.

Mi principal objeto al ir á Bruselas, era una peregrinación á Waterloo.

Porque Waterloo era, no solo para mí como para todos los Franceses, una gran fecha política, sino también uno de esos recuerdos de la juventud que dejan en todo el resto de la vida un poderoso y profundo recuerdo. Yo no había visto á Napoleón más que dos veces: la primera cuando iba á Waterloo; la segunda cuando volvía.

La pequeña ciudad donde he nacido, y en que habitaba mi madre, está situada á veinte leguas de París, en uno de los tres caminos que conducen á Bruselas: esta era una de las arterias por donde pasaba aquella generosa sangre que iba á derramarse en Waterloo.

Hacia tres semanas ya que la ciudad tenía el

aspecto de un campamento: todos los días, como á las cuatro de la tarde, resonaba el tambor ó la corneta, y hombres y mujeres, que no podían cansarse de aquel espectáculo, acudían al ruido y entraban acompañando algunos magníficos regimientos de aquella antigua Guardia que se creía destruida para siempre, y que á la voz de su jefe parecía salir de su fría tumba para aparecer ante nosotros como un espectro glorioso, con sus viejas gorras de pelo, y sus banderas desgarradas por las balas de Marengo y Austerlitz; al día siguiente eran algunos de los famosos regimientos de cazadores, con sus colbacks de largos llorones, ó escuadrones incompletos de aquellos dragones con sus ricos uniformes, cuyos trajes se han perdido, demasiado espléndidos sin duda para un tiempo de paz; á los dos días era ya el sordo estrépito de los cañones aferrados en sus cureñas, que hacían retemblar las casas á su paso, y cada uno de los cuales, como los regimientos á que pertenecían, llevaban un nombre que presagiaba la victoria. Ninguno hubo, hasta un destacamento de mame-lucos, débil y último resto, trozo mutilado de la Guardia consular, que no quisiese llevar su gota de sangre á la grande hecatombe humana que se preparaba ante el altar de la patria. Y todo esto pasaba al compás de los aires nacionales, cantando aquellas antiguas canciones republicanas, que ja-

más estarán en Francia mas que adormecidas, canciones balbuceadas por Bonaparte y tan largo tiempo proscritas por Napoleon, quien las toleraba aquella vez; tanto comprendia que jamás apelaria demasiado á las simpatías, y que no eran ya los recuerdos de 1809, sino los de 92 los que era preciso invocar. No era yo entonces mas que un niño, como he dicho, porque tenia doce años escasos; no sé lo que aquel espectáculo, aquel ruido, aquellos recuerdos producian en los demás, pero sé que á mi me causaban un delirio. Por espacio de quince dias no pudieron hacerme entrar en el colegio; recorría las calles y los caminos reales, estaba como loco.

Despues de una mañana, creo que era el 12 de junio, leimos en el *Moniteur*:

« Mañana, S. M. el emperador dejará la capital para reunirse al ejército. S. M. tomará el camino de Seirrons, Laon y Avesne. »

De modo, que Napoleon seguia el mismo camino que su ejército, Napoleon pasaba por nuestra ciudad: ¡iba á ver á Napoleon!

¡Napoleon! era este nombre muy grande para mí, y que representaba ideas muy opuestas.

Habia oido maldecir de él-á mi padre, veterano soldado republicano, que le devolvió el blason que le habia enviado, respondiéndole que tenia ya el blason de su familia, y que esto le parecia sufi-

ciente. Era no obstante un blason muy bonito con el escudo de sus padres, componiéndose de una pirámide, una palmera y tres cabezas de caballo, en señal de haber muerto otros tantos á mi padre en el sitio de Mantua, con esta divisa á la vez conciliadora y enérgica: *Sin odio, sin temor.*

Habia oido á Murat enaltecerle, uno de los amigos que en la desgracia habian permanecido fieles á mi padre; á Murat, soldado á quien Napoleon habia hecho general, general á quien habia hecho rey, y que un dia olvidó todo esto precisamente en el momento en que hubiera debido recordarlo.

En fin, habia oido juzgarle con la imparcialidad de la historia á Brune, mi padrino; guerrero filósofo que se batia con su Tácito en la mano, siempre dispuesto á derramar su sangre por la patria, cualquiera que fuese el hombre que se lo pidiese, que se llamase Luis XVI ó Robespierre, Barrás ó Napoleon.

Todo esto bullia en mi juvenil cerebro, cuando circuló esta noticia, venida de Paris por el órgano oficial:

Napoleon va á pasar.

El *Moniteur* llegó el 13; era el mismo dia.

No se trataba aquí de hacer alocuciones, ni erigir arcos de triunfo: Napoleon tenia prisa. Napoleon dejaba la pluma por la espada, el mando por la

accion : Napoleon pasaba como el relámpago, esperando herir como el rayo.

El *Moniteur* no decia á qué hora debia pasar Napoleon. Desde por la mañana, la ciudad entera estaba agolpada al extremo de la calle de París; yo estaba con un grupo de niños de mi edad, que nos habiamos adelantado hasta una eminencia desde donde se descubria el camino real en una extension de una legua.

Allí permanecimos desde por la mañana hasta las tres de la tarde.

A las tres descubrimos un correo. Aproximábase este correo rápidamente, llegando al punto á donde estábamos. Gritáronle : « ¿ Va á pasar el emperador ? » Extendió el brazo hácia el horizonte.

— ¡ Allí viene ! dijo.

En efecto, veíanse dos carruajes tirados cada uno por seis caballos á galope. Desaparecieron repentinamente en un valle, y en seguida volvieron á aparecer á un cuarto de legua de nosotros. Corrimos entonces hácia la ciudad gritando : « ¡ El emperador ! ¡ el emperador ! »

Llegamos sin aliento y precediendo al emperador quinientos pasos escasos. Calculé que no se detendria por inmensa que fuese la multitud que le esperaba, y corrí á la casa de postas ; caí rendido sobre un guardacanton, pero habia llegado. Inmediatamente aparecieron los caballos llenos de es-

puma volviendo la esquina de la calle, luego los postillones con su uniforme, en seguida los carruajes, y por último el pueblo que seguia á estos. Los carruajes se detuvieron en la casa de postas.

¡ Vi á Napoleon !

Iba vestido con una casaca verde, charreteras pequeñas bordadas á grano de cebada, y llevaba la cruz de oficial de la Legion de honor. No ví mas que su busto, sirviéndole de marco la portezuela.

Llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho ; ciertamente era la hermosa cabeza numismática de los antiguos emperadores romanos, inclinada la frente, amarillenta como la cera su inmóvil fisonomía, solo parecian vivos sus ojos.

A su izquierda iba el príncipe Jerónimo, rey sin reino, pero hermano fiel ; era entonces un jóven como de veinte y seis á treinta años, de buena presencia, de cabeza regular, facciones bien marcadas, barba negra y cabellos elegantes. Saludó por su hermano, cuya vaga mirada se perdia completamente en el porvenir, y acaso en el pasado.

Frente al emperador estaba Letort, su ayudante de campo, vehemente soldado que parecia ya aspirar el olor de la batalla, y que sonreia, como si debiese vivir largos dias.

Detuviéronse un minuto apenas, y en seguida

sonaron los látigos, relincharon los caballos y todo desapareció como una vision.

Tres dias despues, llegaron por la noche gentes que por la mañana habian salido de San Quintín, y que dijeron que á su salida se oia el cañon.

En la mañana del 17 pasó un correo, que llevaba y sembraba por el camino la noticia de la victoria.

El 18, nada : el 19, el mismo silencio; únicamente corrian vagos rumores, sin origen cierto; decíase que el emperador estaba en Bruselas.

El 20, tres hombres cuyos caballos estaban extenuados y cubiertos de sudor, con los vestidos hechos jirones, herido uno en la cabeza y el otro en el brazo, entraron en la ciudad, y casi al punto rodeados por la poblacion entera, fueron llevados al patio de la casa-corregimiento.

Aquellos hombres se expresaban con dificultad en francés; eran, creo, Wesfalianos que se encontraban no sé cómo en nuestro ejército. A todas nuestras preguntas contestaban moviendo tristemente la cabeza, y terminaron por confesar que habian dejado el campo de batalla de Waterloo á las ocho, y que cuando le habian abandonado la batalla estaba perdida.

Era aquella la vanguardia de los fugitivos.

No se les queria dar crédito: decíase que aquellos hombres eran espías prusianos; que Napoleon

no podia ser batido; que aquel magnífico ejército que hablamos visto pasar no podia ser destruido. Querian conducir á los desgraciados fugitivos á la cárcel; hasta tal punto se habian olvidado 1813 y 1814, para no acordarse mas que de los quince años que á ellos han precedido.

Mi madre fué corriendo á la casa de postas, allí pasamos todo el dia. Pensaba, y con razon, que era aquí á donde llegarían noticias de cualquier clase que fuesen. Mas en tanto, yo buscaba en los mapas el nombre de Waterloo, y no lo encontraba; concluimos, pues, por creer que todo era imaginario en la relacion de aquellos hombres, hasta el nombre del campo de batalla.

A las cuatro llegaron otros fugitivos que confirmaron la relacion de los primeros. Estos eran franceses, y por tanto pudieron dar todos los detalles que se les pidieron; repitieron lo que habian dicho los primeros; pero añadieron que Napoleon y su hermano habian muerto. A estos se les creyó menos todavía; Napoleon podia no ser invencible, pero era invulnerable.

Hasta las diez de la noche sucediéronse las noticias mas terribles y desastrosas.

A las diez se oyó el ruido de un carruaje; se detuvo; el maestro de postas acudió al punto con una hacha de viento. Nosotros le seguimos; se precipitó á la portezuela para pedir no-

ticias; en seguida dió un paso atrás murmurando:

— Es el emperador.

Me subí entonces á un banco de piedra, y miré por encima de los hombros de mi madre.

Efectivamente, era Napoleon; estaba sentado en el mismo rincon, vestido con el mismo uniforme; como la primera vez tenia inclinada la cabeza sobre el pecho, acaso algo mas inclinada, pero no habia cambiado ni una arruga de su rostro, ni en sus facciones podia notarse la menor alteracion que indicase que el sublime jugador acababa de jugar el mundo, y le habia perdido; pero ni el príncipe Jerónimo ni Letort estaban ya en el carruaje para saludar por él y sonreirse: Jerónimo reunía los restos de su ejército, Letort habia sido dividido en dos pedazos por una bala de cañon.

Napoleon levantó lentamente la cabeza, y miró á su alrededor como si saliera de un sueño; despues con su voz fuerte y segura preguntó:

— ¿Dónde estamos?

— En Villers-Cotterets, señor.

— ¿A cuántas leguas de Soissons?

— A seis leguas, señor.

— ¿Y de París?

— A diez y nueve.

— Decid al postillon que vaya aprisa.

Y se recostó de nuevo en el rincon de su car-

ruaje, y volvió á dejar caer su cabeza sobre el pecho.

Los caballos arrastraron el carruaje como si tuviesen alas.

El mundo sabe lo que habia pasado en el intervalo de ambas apariciones!...

Habia yo dicho siempre que iria á visitar la aldea de nombre ignorado que no habia podido encontrar en un mapa de Bélgica el 20 de junio de 1815, y que desde esa fecha estaba escrito en el de Europa con caracteres de sangre; así que fui allá al dia siguiente de mi llegada á Bruselas.

En tres horas atravesamos todo el lindo bosque de Soignes, y llegamos á Mont-Saint-Jean. Aquí es donde os esperan los obligados cicerones, los cuales se apellidan todos los guias de Jerónimo Bonaparte. Entre los cicerones, hay uno que es inglés, y que autorizado por su gobierno, lleva una medalla como un comisionista. Cuando son franceses los que desean recorrer el campo de batalla, el pobre diablo ni aun se acerca á ellos, porque está acostumbrado á recibir de ellos muchos sofiones. En cambio, tiene por clientela á los Ingleses.

Tomamos el primero que se nos presentó. Tenia yo un excelente plano de Waterloo, anotado por el duque de Elchingen, que cruza en este momento el arenal paternal con el yatagan de los Arabes. Dije, pues, que queria ir directamente al monu-

mento del príncipe de Orange: si hubiese avanzado cien pasos mas, no hubiera tenido necesidad de guia para esto; es la primera cosa que se ve cuando se ha pasado la granja de Mont-Saint-Jean.

Trepamos por aquella montaña construida por la mano del hombre, en el sitio mismo en que el príncipe de Orange fué derribado de un balazo en el hombro, cuando cargaba caballerescamente con el sombrero en la mano á la cabeza de su regimiento. Es una especie de pirámide redonda, de cincuenta piés próximamente, y á la que se sube por medio de escalones hechos en la tierra y sostenidos por tablas: toda la tierra de que se ha hecho es distinta que el suelo á que domina, y cambia algo el aspecto del campo de batalla, dando á aquel sitio en rampas una inclinacion que no tenia. En la cima de aquella pirámide, un leon colosal, al que nuestros soldados al volver de Amberes habian comenzado ya á cortar la cola, cuando se les contuvo, con una pata colocada sobre una bola, y la cabeza vuelta hácia el Occidente, amenaza á la Francia. Desde la plataforma que se extiende en derredor de su pedestal, se domina todo el campo de batalla, desde Braine-la-Leude, punto extremo á donde llegaba la division de Jerónimo Bonaparte, hasta el bosque de Fricherfont, por el que desembocó Blücher y sus Prusianos; desde Waterloo, que ha dado su nombre á la batalla, sin duda por-

que en esta aldea se contuvieron los Ingleses puestos en derrota, hasta la granja de Quatre-Bras, donde durmió Wellington despues de la derrota de Ligny, y el monte del Bonn, donde fué muerto el príncipe de Brunswich. Desde este punto elevado, nada mas fácil que evocar todas aquellas sombras, todo aquel estruendo, todo aquel humo extinguido hacia veinte y cinco años, y asistir de nuevo á la batalla. Allá, poco mas arriba del Haie-Sainte, en el sitio donde se han construido despues algunas casuchas, junto á un olmo comprado en 200 francos por un inglés, Wellington permaneció apoyado una parte del dia; al otro lado del camino de Jemmape á Bruselas, y en la misma linea, cayó sir Thomas Picton, cargando á la cabeza de un regimiento. Cerca de este sitio se encuentran los monumentos de Gordon y de los Hannoverianos; al pié de la pirámide está la plataforma de Mont-Saint-Jean, que se elevaria á la altura próximamente de los monumentos que acabamos de citar, si no fuera porque en aquel mismo sitio, y como en una superficie de dos fanegas, se ha echado una capa de tierra de diez piés, á fin de dar mas altura á la pirámide. Sobre este punto, de cuya posesion dependia el éxito de la jornada, es donde se concentró por espacio de tres horas lo mas recio de la batalla: aquí tuvo lugar la carga de los doce mil coraceros y dragones de Kellerman y Milhaud.

Perseguidos por ellos de cuadro en cuadro, Wellington no debió su salvacion sino al impasible valor de sus soldados, que se hicieron acuchillar en su puesto, y cayeron en número de diez mil sin retroceder un solo paso; mientras que su general, con lágrimas en los ojos y el reloj en la mano, recobraba la esperanza, calculando que se necesitarian dos horas todavía de tiempo material para matar á los que quedaban. En una hora, esperaba á Blücher, y en hora y media la noche, segundo auxiliar de que estaba seguro, en caso de que el primero, detenido por Grouchy, llegara á faltarle. En fin, mas allá de la plataforma tocando al camino real, están los edificios de la Haie-Sainte, tomados y vueltos á tomar tres veces por Ney, á quien en aquellos tres ataques le mataron cinco caballos que sucesivamente montó.

Volviéndose del lado de Francia, y mirando á la derecha, se ve en medio de un bosquecillo la quinta de Hongoumont, que Napoleon envió á decir á Jerónimo no abandonase aunque debiese quedar allí con todos sus soldados. Al frente está la granja de la Bella Alianza, desde la que Napoleon, despues de haber dejado su observatorio, situado en el bosque de Montplaisir, contempló por espacio de dos horas todo el campo de batalla, pidiendo á Grouchy sus batallones vivos, como Augusto pedia á Varus sus legiones muertas. A la

izquierda se ve la rampa donde Cambronne respondió, no *la Guardia muere*, porque en nuestro furor de poetizarlo todo, le hemos prestado una frase que jamás dijo, sino una sola palabra de cuerpo de guardia, arrojada al rostro del parlamentario; palabra acaso no de tan buen gusto, pero muy soldadesca y enérgica: en fin, á la vanguardia de toda aquella línea, sobre el camino real de Bruselas, en el sitio en que forma una ligera subida, se distingue el punto extremo hasta donde avanzó Napoleon cuando viendo desembocar por la selva de Frichermont á Blücher y sus Prusianos, con tanta impaciencia esperados por Wellington, exclamó: « ¡ Ah! hé aquí por fin á Grouchy; la batalla es nuestra. » Este fué su último grito de esperanza; una hora despues era respondido por el de « ¡ Sálvese quien pueda ! »

Si luego se quiere ver en detalle toda aquella llanura de sangrientos recuerdos, cuyo conjunto se acaba de abrazar, se baja de la pirámide, y por el camino de Frichermont á Braine-la-Leude, se pasa el camino de Nivelles, que conduce á la quinta de Hongoumont, que se encuentra tal como Jerónimo, llamado á las tres por Napoleon, la dejó, es decir, completamente demolida por doce piezas de artillería de grueso calibre que acababa de llevarle el general Foy. Aquí subsiste todavía la destruccion, y como si la muerte hubiése pasado por

ella la víspera, nada cubre los restos, nadie ha tocado las ruinas; despues se os enseñará la piedra en que Jerónimo, conducido por el mismo guia que habia tenido aquel dia, fué por último á sentarse, como otro Mario, sobre los restos de otra Cartago.

Desde la granja de Hongoumont se va atravesando tierras, si se ha hecho la siega, al bosque de Montplaisir, donde estaba el observatorio de Napoleon, y del observatorio á la casa de Lacoste, guia del emperador. Tres veces durante la batalla volvió Napoleon de la Bella Alianza á aquella casa. En una pequeña eminencia, situada á veinte pasos de ella, y que domina el campo de batalla, es donde se reunió Jerónimo al emperador, que estaba sentado, á las tres de la tarde; tenia á su derecha al mariscal Sout: el príncipe Jerónimo ocupó su izquierda. Napoleon acababa de enviar á buscar á Ney: tenia junto á sí una botella de vino de Burdeos y un vaso lleno, en el que de vez en cuando humedecia maquinalmente sus labios. Al ver llegar á Jerónimo y Ney, cubiertos de polvo, de sudor y de sangre, Napoleon se sonrió, porque así era como queria á sus bravos; despues, con los ojos siempre fijos en aquella lucha gigantesca en que hasta entonces llevaba la ventaja, envió á buscar tres vasos á la casa de Lacoste, uno para Sout, otro para Ney, y el tercero para Jerónimo;

pero no habia mas que dos; llenó los dos por sí mismo, los presentó á cada uno de sus mariscales, y dió el suyo á Jerónimo.

Entonces con aquella voz dulce que tan bien sabia tomar en la ocasion: — « Ney, mi bravo Ney, le dijo tuteándole por la primera vez desde su regreso de la isla de Elba; vas á tomar los doce mil hombres de Kellerman y de Milhaud, esperarás con ellos á que mis muchachos se unan á tí; tú darás el golpe de gracia, y entonces, si Grouchy llega, la jornada será nuestra. ¡ Anda ! »

Ney dió el golpe de gracia, pero Grouchy no llegó.

De aquí es preciso tomar el camino de Jemmappe á Bruselas, y se atravesará la granja de la Bella Alianza, donde se reunieron despues de la jornada Wellington y Blücher; continuando se llega muy pronto al punto extremo á donde avanzó Napoleon, y desde donde reconoció que no era Grouchy sino Blücher el que llegaba para ganar una batalla perdida, como habia hecho Desaix en Marengo, y se encuentra uno próximamente entre la segunda y tercera línea de ataque. Dando cincuenta pasos á la derecha en lo interior de las tierras está el sitio mismo del cuadro donde se arrojó el emperador; aquí es donde Napoleon hizo todo lo que pudo para hacerse matar. Cada disparo que hacian las piezas inglesas, se llevaban filas enteras

á su alrededor, y en cada nueva fila que se formaba se colocaba Napoleon, á quien Jerónimo arrastraba detrás de sí, mientras un valiente general corso, el general Campi, volvia siempre y con la misma impasibilidad, á colocar su caballo entre el emperador y las baterías enemigas; en fin, despues de tres cuartos de hora de carnicería, Napoleon se volvió hácia su hermano: « Vamos, le dijo, parece que la muerte no me quiere todavía: Jerónimo, te doy el mando del ejército, siento haberte conocido tan tardé. » En seguida le alargó la mano, montó en un caballo que le presentaban, pasó como por milagro por medio del enemigo, llegó á Jemmape, se detuvo aquí un instante, é intentó rehacer el ejército; en seguida, viendo eran inútiles sus tentativas, montó otra vez á caballo, y llegó á Laon en la noche del 19 al 20.

Veinte y cinco años han pasado de aquella época, y hoy es cuando la Francia ha comenzado á comprender que aquella derrota era necesaria á la libertad europea; mas no ha conservado menos en el fondo del corazon una profunda ira al verse señ'ada como víctima: en aquella llanura donde cayeron por ella tantos Esparciatas, en medio de la pirámide del principe de Orange, de la tumba del coronel Gordon y del monumento de los Hannoverianos, en vano se busca una piedra, una cruz, una inscripcion en memoria de la Francia; es que

algún dia la ordenará Dios eecute la obra de la libertad universal, comenzada por Bonaparte é interrumpida por Napoleon; luego, ejecutada esta obra, volveremos la cabeza del leon de Nassau hácia la Europa y se habrá hecho todo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO